

La teología: ¿una profesión en vías de extinción?¹

David A. Roldán

(Argentina)

EDITORIAL

Hoy la teología no le interesa a nadie. He aquí el problema que abordaremos impudicamente. Se trata de indagar acerca de las causas por las cuales se da el fenómeno de que los teólogos producen algo que, a primera vista, no le interesa a nadie o, para evitar dramatismos, le interesa a muy pocos.

I

El receptor por excelencia al que va dirigido el discurso teológico es —o debería ser— la iglesia. Ahora bien, en el caso de la Argentina, por ejemplo, la mayoría de las iglesias se han vestido de un ropaje carismático. Este ropaje pareciera garantizar un acceso directo al cielo (algunos le llaman, no sin ironía, “DDC”: Discado Directo Celestial). Este modelo ha dejado de consumir discursos teológicos explícitos; la “experiencia carismática” pretende agotar las necesidades que vendría a suplir un discurso teológico; ¿para qué leer tantos libros? ¿para qué “hacerse rulos” con problemas como la predestinación, la Trinidad o la doble naturaleza de Cristo? Un énfasis pragmático viene de regalo con el ropaje carismático: “¡basta de palabras! El comienzo de la acción”. El teólogo, en este caso, es un profesional que no tiene mucho que ofrecer. Es alguien que viene a traer más problemas que soluciones. Es alguien que testifica, en general, el no haber tenido esas experiencias trascendentales, que lo sacan a uno “fuera de sí”. Se escucha, a veces, en esos ámbitos, oraciones que suplican a Dios: “anula nuestra personalidad”; se parte del supuesto de que todo lo que hay en el cristiano, en tanto que ser humano, es algo malo; algo que debe ser reemplazado por la totalidad del Espíritu, como principio que se opone a todo “lo humano y mundanal”. Se vive en la paradoja del rey desnudo, que creía que estaba vestido cuando en realidad estaba desnudo. Así, este modelo de iglesias cree “no necesitar de la teología”, mientras que en la práctica, la ejerce: busca bases bíblicas para las prácticas que realiza; manifiesta jerarquías sobre tales o cuales prácticas; da la justificación para tal o cual decisión.

II

Otro potencial receptor del discurso teológico podrían ser las personas que no han hecho explícita su profesión de fe. Personas que albergan en su interior un temple anímico fundamental: el interrogante sobre el “más allá”; la pregunta por el Ser Supremo. Resulta

¹ El presente escrito fue publicado originalmente en la revista del Consejo Latinoamericano de Iglesias *Signos de vida* 39 (marzo 2006).

que varios obstáculos imposibilitan un encuentro exitoso entre estos potenciales receptores del discurso teológico, y los productores del mismo. El campo editorial, por ejemplo, en el mundillo evangélico, está eclipsado por discursos teológicos de poco vuelo, abundante improvisación, facilismos, y escasez argumentativa. Paradójicamente, las más brillantes producciones de la teología protestante son distribuidas por editoriales católicas; por ejemplo, las obras de K. Barth, P. Tillich, D. Bonhoeffer y J. Moltmann son editadas *en castellano*, en su mayoría, por editoriales católicas de la península ibérica. Esto encarece la adquisición de esas producciones en Latinoamérica, al tiempo que obstaculiza su difusión. Por ejemplo, la inmensa mayoría del espectro descrito someramente en el punto I, en contadísimas ocasiones encontrará alguna de estas obras en las librerías evangélicas, quedando condenado a consumir lo que deciden dos o tres editoriales que manejan el mercado latinoamericano, según las reglas del marketing.

Además del anterior, otro obstáculo se yergue: ¿qué contacto puede tener alguien que no frecuente las iglesias evangélicas o las librerías evangélicas con la teología evangélica? En general, estos son círculos son reducidos y bastante cerrados para la reflexión teológica.

III

Los teólogos no están exentos de responsabilidad de esta problemática. En algunos casos, son responsables de opciones teológicas que dejaron de lado la espiritualidad evangélica —en algunos casos en pro de un pragmatismo de la “liberación de los pueblos oprimidos”— que dejó a la oración, la alabanza y el culto como algo “poco efectivo” en la transformación de la sociedad. En esta loable aventura de liberación, la Iglesia perdió su especificidad; perdió su alteridad en comparación con otros proyectos de liberación de pueblos oprimidos. Consecuentemente, algunas de esas iglesias locales han comenzado a decrecer en cuanto al número de su membresía. Así, decrecen también los potenciales “consumidores” del discurso teológico.

Por otra parte, los teólogos, encerrados en el diálogo interno a los claustros académicos o, enfrascados en la carrera de la publicación de *papers* de nivel “científico”, hizo que el lenguaje técnico de los teólogos los alejara más y más de la vida cotidiana de las comunidades de fe. A decir verdad, hay una dificultad de los intelectuales en mediar exitosamente entre los campos de la investigación y de la divulgación. Este no es un mal que aqueje solamente a la teología; la historia, la filosofía y otras disciplinas adolecen de la misma virtud. Los propios intelectuales se juzgan a sí mismos con dureza cuando alguien emprende la noble tarea de divulgar el conocimiento. La teología —como estas otras disciplinas— termina siendo un diálogo entre unos pocos expertos a lo largo de la historia; un selecto grupo de especialistas discute con sus pares de épocas anteriores, en un lenguaje cifrado e inaccesible, a veces, para las mismas personas versadas en la propia disciplina.

Además de esto, como dice el sabio autor de Eclesiastés en su v. 1.18 “Quien añade ciencia añade dolor”. Así, las conclusiones generales que se desprenden de muchos discursos teológicos portan características poco recomendables para el marketing²: se caracterizan por generar problemas y preguntas, más que por dar soluciones y respuestas; elaboran una de-construcción de las realidades eclesiales existentes; someten todo a crítica y parecen ser los últimos depositarios de la verdad. Es difícil encontrar teólogos cuyo lenguaje en una charla, predicación o conferencia, no deje a la mayoría del auditorio con un

² Sin dudas, esto no es algo bueno o malo *per se*. De lo que se trata es de entender el fenómeno.

rostro de indagación: ¿qué quiso decir con esa palabra en griego o con esa expresión en latín?

Finalmente, la producción teológica no es compatible con fines meramente pragmáticos; los teólogos —en general— no se reconocen como personas que puedan dar recetas para llenar la iglesia; recetas para ser un “cristiano exitoso”; recetas para triunfar en el matrimonio; en fin... no creen que deban dar recetas en absoluto.

IV

Un último debate ayuda a comprender el fenómeno: quién elabora la teología, ¿la iglesia o el teólogo de profesión? Karl Barth respondería, sin temblarle el pulso, “la Iglesia”; ahora bien, en el caso de él mismo: ¿hay una iglesia barthiana como tal? ¿Es la Iglesia Reformada un calco de la teología de Barth? ¿Puede decirse que la teología de Barth no es producto de Barth sino de La Iglesia Reformada? Para responder estos interrogantes, hay que ponerse de acuerdo, primero, en la definición de teología. Por ejemplo: un discurso humano sobre Dios hecho por una persona —o la Iglesia, he aquí el debate— desde un compromiso previo con una revelación particular (por caso, la persona de Jesucristo, Mahoma, Buda). En el caso de que se responda el dilema diciendo que la teología la produce “la iglesia”, debería reducirse la teología a los escritos confesionales de determinada iglesia³ (por ejemplo, solo sería teología La Confesión de fe de Westminster, pero no la totalidad de los escritos de Calvino, pues ¿cómo decir que lo que escribió Calvino en realidad fue escrito por La Iglesia?). Además, los escritos confesionales están más cerca de lo que podríamos llamar “doctrina”: “esto es lo que nosotros creemos y lo que consideramos que se debe creer sobre tal o cual asunto”. La teología, como yo la entiendo, más bien sería un discurso que interrogaría por las causas de tal o cual creencia; los determinantes históricos que pueden explicar tal o cual énfasis doctrinal; la relación que hay entre la confesión de fe y el mundo circundante; la relación que hay entre una confesión de fe escrita en el siglo XVI y el desafío de la vida cristiana en el siglo XXI.

Ahora bien, si se responde que la teología la producen teólogos profesionales, en tanto que individuos, parte del problema se resuelve, pero surge lo siguiente: ¿cuál es la relación entre el teólogo y su comunidad? ¿puede el teólogo ser portavoz de lo que cree o debe creer toda su congregación o su denominación? En general, la producción teológica no se auto-concibe así. La mayoría de los artículos o libros de teología parecen descansar en la firma del autor, y no en la institución de la que son miembros (estamos hablando de las iglesias evangélicas o protestantes, que no han adoptado explícitamente la costumbre del

³ Un ejercicio analítico quizá facilite la comprensión del problema: Si el juicio (o la afirmación) de Barth “la revelación es la abolición de la religión” es un juicio teológico, hay que decir que Barth no es el autor de esa frase, sino “la iglesia”, porque “la iglesia” es la que elabora “la teología”. Si ese juicio es autoría de Barth, entonces Barth es teólogo, porque produce discurso teológico, pero no es la iglesia la que hace la teología (como él mismo querría). El conflicto podría resolverse diciendo que la iglesia es la que produce la teología, a través de hombres como Barth. Sin embargo, esto no hace más que profundizar el problema eclesiológico: si la iglesia está conformada por la totalidad de los creyentes, habría que determinar cuáles de sus discursos —los de los creyentes— son efectivamente teológicos. Porque, evidentemente, no todos los discursos son teológicos. Incluso la creencia católica en la infalibilidad papal no reviste al sumo pontífice de la esa cualidad durante las 24 hs. del día y en cualquier actividad; si se trata de cuentas matemáticas, el Papa no es infalible; solo lo es cuando está dictaminando afirmaciones teológico-doctrinales; escribiendo una encíclica, etc. Volviendo al problema del sujeto de la teología, debo terminar diciendo que no estoy de acuerdo con la afirmación barthiana de que la teología la produce la iglesia, sino que la teología la producen los teólogos. En todo caso, la doctrina la fijan las iglesias; pero eso no es teología, o la teología no se agota en ello.

imprimatur, como esa iglesia con sede en Roma). Por lo tanto, como resultado, tampoco las instituciones eclesiales parecieran necesitar de los teólogos, pues estos tampoco están llamados a expresar “lo que la iglesia cree”; ellos solo expresan “lo que ellos creen”. Y así, finalmente, volvemos al interrogante inicial: ¿cuál es el mercado al que apuntan los teólogos? ¿no será una profesión en vías de extinción? Acaso estas breves reflexiones sirvan para comenzar a iluminar el fenómeno y ensayar algunos cambios, en caso de que alguien los considerare pertinentes.

Posdata

Una doble cualidad garantiza el éxito pragmático de este artículo: si su contenido es verdadero, un escaso grupo de lectores comprobará dicha verdad, con la consecuente gratificación del autor: ha iluminado una parte de lo que algunos llaman “la realidad”; si su contenido es falso, habrá una gran cantidad de ávidos lectores, dispuestos a dar la bienvenida a un nuevo artículo sobre cuestiones teológicas, de pleno interés en la actualidad.

Lic. David A. Roldán
Editor de la Revista Digital *Teología y cultura*
david@teologos.com.ar